

Sylvia Moore

La inútil espera



NUNCA podré explicarme el porqué de esta sensación de bienestar que se me produce cada vez que paso por el edificio de departamentos que da su frente al parque. Es un edificio igual a todos y tan distinto a cualquiera.

Anoche he vuelto a soñar con él, estos sueños ocupan gran parte de mi existencia. El último me ha colmado de placer. Veía un vistoso anuncio de arriendo en una de las ventanas del quinto piso. Si esto fuera verdad, al fin haría míos, enteramente míos, estos sueños hasta hoy sólo frutos del gigantesco árbol de mi imaginación.

Qué alegría poder comprobar que el escenario de mis noches tiene una base real y heme aquí perpleja junto a su fachada, comprobando cuán verídico ha sido este sueño... Pero de pronto me amedrento. ¿Y si no fuera igual a lo imaginado? ¿Seguiría viviendo sin esta ilusión...? Cómo me sentiría lastimada, si en lugar

del diván color cereza hubiera otro en tela diferente y a mis dos esbeltos sillones amarillo oro lo reemplazaran otros, pesados y sin gracia. Hasta el gran ventanal puede que no quede frente al diván cereza, a ese diván que me ha tenido tantas noches cerca de él, cerca de su imagen tan adorada teñida por mis sueños y borrada en cada amanecer. ¡No! mil veces ¡no! Prefiero seguir ignorándolo todo, junto a la rutina diaria de vivir esperando el sueño venidero próximo a nacer.

Cobardemente he tomado el camino de regreso a casa. Una vez en ella, envuelta en múltiples recuerdos, he sentido más que nunca el vehemente deseo de poseer ese quinto piso tan adentrado en lo más profundo de mi ser. Incapaz de sujetar mis ansias, me he dejado guiar por ese camino tan conocido por mí, sin pensarlo me hallo junto a su familiar fachada. Ahora decidida, infiel al temor de arrepentirme, busco presurosa al conserje para que me lleve a visitar el quinto piso.

El ascensor va subiendo con una velocidad fantástica. ¿Me llevará al cielo o al infierno? No lo sé y siento un íntimo temor de descubrirlo. Nos hemos detenido, se abren las puertas dando paso a mi ansiedad. Un cinco grande me da su bienvenida. Antes de seguir a mi destino, mi acompañante se detiene casi en la puerta del departamento y con voz cadenciosa me dice: —Tengo la obligación de informar a Ud. de lo ocurrido aquí la semana pasada, porque una vez hecho el trato de arriendo no se puede deshacer. El señor que vivía aquí se ha suicidado, dejando una carta don-

de explica su extraña partida. Culpa a ella, a la inútil espera, que le encarna una misteriosa mujer con la cual él soñaba noche a noche. Mujer que nunca pudo encontrar en la tierra. En cada amanecer ella se esfumaba y volvía a aparecer en las sombras de la noche. Por eso él se quitaba la vida, porque así pensaba tenerla para siempre suya, pues a donde él partía no existían los amaneceres.

Su voz me quedó por unos instantes vibrando como un eco funesto y no sé realmente de donde me nacieron fuerzas para no desmayarme al oír este asombroso relato tan unido a mis días. El corazón me danzaba y tuve temor que él y el alma se fugaran por mis labios entreabiertos y, apretando mi boca, enmudecí, como si de pronto hubiera quedado huérfana de palabras. Este silencio mío lo atribuyó el conserje a que yo acataba todo lo dicho por él, sin darle importancia a su relato. ¡Qué lejano estaba de la realidad! Si yo hubiera podido empujar mis palabras por la pendiente de la garganta habría gritado a grandes voces: ¡No! No lo quiero hacer mío. He cambiado de parecer. ¡Volvamos! Pero ya era demasiado tarde, la cerradura cedía al leve roce de la llave y vi ante mis pupilas dilatadas por el espanto, calcado, el escenario de mis sueños hasta en sus últimos detalles. Ese interior era el hijo real de mi imaginación. Tuve que afirmarme en la pared, el mundo giraba, giraba igual que esos carrouselles tan conocidos por mi infancia. Esta sensación me distrajo unos instantes haciéndome vagar entre lejanos

recuerdos de mi niñez, recuerdos sin color, porque entonces aun no soñaba. Allí sobre la mesa de cristal estaba el jarrón malva con un ramo de marchitas dalias celestes, esas flores tan raras que siempre me desvelaban dentro de mis sueños. El diván cereza con los sillones amarillo oro, como rayos de sol permanentes y el ventanal tan soñado, me invitaba con su mampara, entreabierta como boca sonriente, a admirar el maravilloso paisaje; rosa y azul en primavera, cobre y gris en otoño. La alcoba, en tono esmeralda, aun tibia de añoranzas y la pequeña cómoda de caoba no habían variado en nada y hasta el espejo ovalado; donde yo vaciara tantas noches mi imagen junto a la suya, estaba allí colgado en el regazo del muro, como un oasis en el desierto de mis soledades. Pero lo que más extraño efecto me hizo—estuve a punto de perder mi lucidez—fué una colección de pequeños cuadros formando guarda por toda la alcoba. Ellos retrataban los múltiples trajes de telas exóticas estrenados por mí, noche a noche, en mis sueños. Advertí no sin espanto que sólo me restaban tres vestidos por lucir. ¿Tan mísero tiempo me quedaba de vida, ya que estos sueños eran lo único que me hacían sentir la?

El había partido víctima de la inútil espera, idéntica enfermedad me aquejaba y muy pronto sucumbiría a ella. ¿No había sido mi vida una espera continua e inútil? Ahora mismo ¿no seguía en espera de él, sabiéndolo muerto?

El dueño de mis noches se fué al país del olvido y

del silencio, al país donde los jacintos son estrellas y las amarguras se marchitan antes de nacer.

Debo haber pensado en voz alta, porque mi acompañante me observaba aterrado, señalando en su rostro el deseo de huir de mí. Para apaciguarlo he llenado, apresurada, un cheque con el valor requerido para el pago del arriendo, más una gruesa propina para él. Esto lo ha hecho recobrar ampliamente la confianza en mí y llena de júbilo lo he visto partir.

Por fin a solas, soñando sin dormir, pienso que aquí mis ilusiones serán realidades. Vivo ahora dentro del escenario de mis noches, casi no necesito soñar, hasta con los párpados abiertos me sentiré dormida... será tan fácil tenerlo cerca a toda hora, me bastará con dejar el aposento en tinieblas y así él creerá que la noche ha bajado y vendrá a mí.

Nunca el ayer me ha sido tan querido, porque reposa en el pasado y esto disminuye las horas que me restan para encontrarle.

Esta noche luciré el último vestido, voy a acortar mi partida, los dos anteriores los ignoraré, es demasiado esperar, no puedo dilatar más esta separación.

La tarde se va tornando morena. Yo tendida en el diván color cereza, escoltada por mis dos pajes rubios, los sillones amarillo oro, ataviada con el traje negro de dragones jade y laca; he cortado mis venas en la mesa de cristal. Mi sangre cautiva ha brotado avasalladora, con la fuerza de una cascada invernal, perdiéndose en el tapiz cereza del diván. Una laxitud in-

mena me sobrecoge. Suaves campanas distraen mi oído. Los cálidos caminos de mis brazos ahora casi no tienen vigor para seguir escribiendo. Me siento flotar, cual si fuese una nube en el espacio; sólo el ancla de mi corazón me sujeta a la vida. Muy pronto mi nave dejará su puerto y mi alma palpitante, ya sin fuerzas, cederá al impulso de esta corriente que me arrastra a seguirle.

Nunca en ninguno de mis sueños lo he tenido tan cerca como en este instante, lo veo en pleno día, su imagen no se borra ya junto a la luz del sol. ¡Qué hermosos son sus ojos oscuros como abismos y sus sienes bordadas con hebras de la luna! ¡Qué milagro será éste? ¡Me habré ya muerto? ¡Cuán fácil era encontrarle y no lo sabía! Desde ahora serán nuestros todos los amaneceres.

En esta misma mesa de cristal, salpicada ahora de pequeños rubíes, nacidos de mi sangre, dejo abierto el diario de mi vida en sus últimas páginas.

Las otras, las primeras, fueron arrancadas, no tenían importancia, las escribió una mujer que aun no soñaba...